

La explicación del pensamiento feminista a la formación de identidades de género

The explanation of feminist thought to the formation of gender identities

Autor: **Máriam Martínez-Bascuñán Ramírez**

Entidad: Facultad de Derecho. Universidad Autónoma de Madrid.

Profesora en el Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales.

Mariam.martinez@uam.es

Resumen

El presente artículo basado en el estudio realizado por Elena Rodríguez San Julián e Ignacio Megías Muñoz y titulado “¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá?” gira en torno a una cuestión básica: ¿Cómo se va expresando y construyendo la identidad de género en una época crucial como es la adolescencia? Partiendo de esta pregunta central como es la expresión y construcción de las identidades de género en la adolescencia, el estudio va desgranando los estereotipos que giran en torno a lo que significa ser chico o chica a partir de las propias percepciones que los adolescentes tienen de sí mismos y del otro género, y de las relaciones de género vistas desde una perspectiva más abstracta. A partir de aquí, la hipótesis central que sostiene el artículo es que las claves para entender la construcción de estereotipos de género que Simone de Beauvoir detalló en su obra *El Segundo Sexo* escrita el siglo pasado, sigue vigente en el siglo XXI, y que por tanto, se ha producido una escasa evolución en materia de renovación de valores sobre equidad de género.

Palabras clave: adolescencia, género, construcción de la identidad de género, estereotipos de género, estructura social

Abstract

The present paper is based on a research developed by Elena Rodríguez San Julián and Ignacio Megías Muñoz titled: “Strong like dad? Sensitive like mum?” which revolves around a basic topic: How does gender identity build and express thru a crucial time as the adolescence? Starting from this central question about building and expressing gender identities during the adolescence, the study analyses stereotypes which deal with what it means to be a boy or a girl parting from their own adolescent perceptions, of themselves and of the other gender. It also approaches gender relationships seen from a more abstract perspective. From here on, the papers central hypothesis sustains that the key to understanding gender stereotype building which Simone de Beauvoir developed in her book: “*The second sex*” written the last century, is still current in the XXI century. Therefore, there has been little development in matter of renovation of gender equality values.

Keywords: youth, gender, construction of gender identity, gender stereotypes, social structure

INTRODUCCIÓN

El presente artículo basado en el estudio realizado por Elena Rodríguez San Julián e Ignacio Megías Muñoz y titulado “¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá?” gira en torno a una cuestión básica: ¿Cómo se va expresando y construyendo la identidad de género en una época crucial como es la adolescencia?

En este artículo partimos de la consideración de que esta temática es fundamental porque un estudio centrado en la adolescencia indica la renovación de los valores o no que puede producirse en una sociedad, o las tendencias a las que esta sociedad apunta. Además de ello, el estudio tiene un interés añadido porque tal y como expresó la politóloga Martha Nussbaum¹, la variable género es clave para entender el orden en el mundo: el orden psicológico, el orden político, social, cultural. La variable género atraviesa absolutamente todos los órdenes. Ninguna estructura institucional de la política o ninguna transformación de las relaciones sociales puede ser tratada independientemente de la de la distribución de los roles por género². Por eso, estamos ante un trabajo de suma importancia.

Partiendo de esta pregunta central como es la expresión y construcción de las identidades de género en la adolescencia, el estudio va desgranando los estereotipos que giran en torno a lo que significa ser chico o chica a partir de las propias percepciones que los adolescentes tienen de sí mismos y del otro género, y de las relaciones de género vistas desde una perspectiva más abstracta. Como se verá al final, esta pregunta es fundamental porque interroga a los jóvenes no sólo como se ven a sí mismos, sino como ven a la sociedad en general en relación a la problemática del género.

La intención de este trabajo es ir desgranando las ideas fundamentales del mismo, sus hallazgos, a la luz de las premisas que en el siglo pasado fue articulando una de las pensadoras más importantes para la teoría feminista como es Simone de Beauvoir. Lo que se pretende demostrar es que el cliché de género permanece inalterable prácticamente desde entonces. Trataremos de demostrar esta hipótesis tan controvertida.

I. LAS IDENTIDADES DE GÉNERO Y LOS CLICHÉS QUE GIRAN EN TORNO A ELLAS

Desde En primer lugar, lo que tenemos que tener claro es que adscribir roles sobre las personas implica adscribir expectativas sobre las mismas en función de esos roles³. Esto quiere decir que si efectivamente, como muestra el estudio, las cualidades específicas que se otorgan a cada género siguen reafirmando una jerarquía perfectamente clara que establece la imagen general de unos y de otros de acuerdo con roles absolutamente tradicionales, tendremos que preguntarnos 1/qué implicaciones tiene esto, 2/ cómo es posible que esto se siga produciendo en adolescentes con edades comprendidas entre los 14 y 19 años (que es la muestra que recoge el estudio).

Según se aprecia en el Gráfico 2.1 de la página 23, el estudio muestra que muy mayoritariamente las chicas son definidas como:

- “sensibles y tiernas” según el 56% de los y las jóvenes
- “preocupadas por la imagen” en un 46%
- “responsables y prudentes” 36%

¹ Nussbaum, 2000.

² Léase la explicación a este respecto que da Wendy Brown (2015), pp.9-21.

³ Young, 2005, pp. 27-46.

Mientras los chicos por su parte aparecen caracterizados como:

- “dinámicos y activos” en un 66%
- “independientes” en un 36 %
- “posesivos y celosos” en un 31%

De esta caracterización podemos extraer una divisoria perfectamente clara entre el mundo de la acción frente al mundo del cuidado. Es decir, que los conjuntos semánticos que se asocian a cada uno de los géneros son profundamente tradicionales, y lo más importante; hay un consenso casi total a la hora de establecer tales roles. Mientras a las chicas se les atribuye todo el universo de la sensibilidad, la imagen, la responsabilidad, la prudencia y la comprensión, a los chicos se les atribuye el dinamismo, la independencia, la autonomía, el emprendimiento. También la superficialidad y la posesividad, lo cual muestra el correlato de definir a las chicas como objetos.

Uno de los factores más preocupantes que muestra el estudio, es que estos roles perfectamente delimitados y tradiciones que dividen el universo de lo que caracteriza a las chicas y aquel otro que caracteriza a los chicos es que tales roles se exacerban en las relaciones de pareja. El estudio muestra cómo los chicos fuertes y con iniciativa se definen en contraposición a las chicas débiles y complacientes, lo cual puede dar lugar a circunstancias de riesgo⁴.

Estas atribuciones están insertas de forma fuerte en la construcción colectiva del universo de la masculinidad y de la feminidad, y por tanto, no resulta fácil estar por encima de su influencia, especialmente en lo que se refiere al peso del juicio grupal y social que provoca actuar de forma contraria a ellas, y que en la adolescencia tiene un peso más fuerte si cabe. El peso del juicio grupal a la hora de tener que “comportarse como” lo experimentan tanto ellos como ellas, sin embargo, la diferencia estriba en que ellos lo viven desde una posición clara de poder.

Bien, desde esta perspectiva, la hipótesis que vamos a mantener es que estamos ante los clichés que Simone de Beauvoir describió en 1949 en su magistral obra *El Segundo Sexo*, para explicar en qué consistía la desigualdad estructural que atraviesa nuestras sociedades en torno al género, y especialmente por qué la sufren las mujeres a partir de la pregunta de ¿qué es ser mujer hoy en el estado actual de educación y costumbres?

II. LA ACTUALIDAD DEL RELTADO DE SIMONE DE BEAUVOIR

En La obra *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir encierra un pensamiento sistemático sobre el cuerpo que huye de esencialismos para demostrar, entre otras cosas, que las mujeres deberían ser más libres de lo que realmente lo son. Muchos trabajos feministas actuales vuelven a él no como un “documento histórico ilustrativo”, sino como una auténtica “mina de oro” para el feminismo, repleta de preguntas que siguen abriendo nuevos horizontes de libertad⁵.

El Segundo Sexo es un libro revelador y riguroso. La prosa de Simone de Beauvoir es hábil y hermosa, además de una ironía sagaz. Pero sobre todo, la valentía de abordar y politizar temas que hasta ese momento habían permanecido en los márgenes de la reflexión filosófica y social. Por eso es revolucionario.

⁴ Véase p. 52.

⁵ Véase por ejemplo Tori Moi, *Sex, Gender, and the Body*, Oxford University Press, 2005, donde recupera la pregunta fundamental de *El Segundo Sexo*: ¿Qué es una mujer?

2.1. La feminidad como una esencia

El punto de partida de la obra de Beauvoir es tomar conciencia de un hecho: no existe un punto de vista específico que exprese la subjetividad femenina, y sin embargo, la mujer existe en relación al hombre, como complemento de él, que es el Uno, al tiempo que ella es la Otra, el ser relativo dentro de una humanidad masculina que la ha definido no en sí, sino en relación a él⁶.

Según la filósofa francesa, la cultura patriarcal adscribe a la mujer una naturaleza femenina a través de la cual se justifica su propia exclusión a determinadas actividades sociales que siguen desempeñadas mayoritariamente por hombres. Esa cultura patriarcal define a la mujer como objeto decorativo, como madres; más aptas para esa ética del cuidado⁷.

Si volvemos al estudio nos daremos cuenta de que⁸

Su atribución como personas más sentimentales y emocionales, y las características que se interpreta que forman parte de la maternidad (abnegación, pasión, entrega...) ahondan en esas desigualdades respecto a su labor en relación a los hijos, y en base a lo que se entiende que es una forma diferente de quererlos, de cuidarlos, de manifestar el amor por ellos o ellas. P. 35.

“No pienso que los niños se vayan con la madre a la hora de una ruptura matrimonial por el hecho de que las mujeres son más fuertes, sino porque el amor de una madre no es el de un padre, y ahí casi todos coincidimos” Dice un chico de 16 años

Parece por tanto, que la visión que se tiene de las niñas es que son más aptas para esa “ética del cuidado”.

En una escala del 1 al 7 el estudio pregunta esta vez sobre capacidades (pg. 30)

De entre todas las planteadas, las ideas que suscitan un mayor acuerdo se refieren a las que definen a las chicas como más capaces de comprender a los demás (puntuación media de 5, 1), y más capaces de dar cariño (puntuación media de casi 5).

Frente a éstas, las que se refieren a los niños apuntan que son más decididos (4,4), mejores para el deporte (4,3), más hábiles para la tecnología (4,1). P. 30

¿Qué implicaciones tiene esto?

Si volvemos a Simone de Beauvoir afirmaremos con ella que adscribir esas características a la mujer fuerza en ella un comportamiento que beneficia al hombre, porque ésta acaba proporcionando un servicio doméstico y de cuidado sin necesidad de institucionalizarlo formalmente.

El confinamiento de la mujer a esa feminidad (entendida como una esencia natural) es algo que confirma el estudio cuando dice:

“Los varones asumen los estereotipos como algo propio de la naturaleza intrínseca de unos y otras, lo que implica el reconocimiento de que es algo inevitable contra lo que no se puede luchar” p. 32.

⁶ Véase la Introducción en Beauvoir, 2005, pp.47-64.

⁷ Es importante señalar aquí que la expresión “ética del cuidado” no es un término que use Simone de Beauvoir. Tomamos la idea de Carol Gilligan articulada en su obra *In a Different Voice* (1982) para explicar lo que de Beauvoir está queriendo expresar cuando identifica los roles sociales que se adscriben a una naturaleza particular femenina.

⁸ En lo sucesivo se citará el estudio con un recuadro a fin de poder distinguir los hallazgos del mismo, de aquellos que va esgrimiendo la autora de este artículo.

Por tanto, vemos perfectamente reflejada en el estudio la idea de Simone de Beauvoir según la cual, dentro de la cultura patriarcal, la feminidad es una esencia. Hablar de feminidad como esencia conlleva el **confinamiento de la mujer a esa feminidad** definida en torno al cuidado por otros y por su propia imagen y acarreando un freno en el desarrollo de otras potencialidades, de otras capacidades, además de hacer a la mujer como un sujeto pasivo, dependiente y débil⁹.

Esto es muy preocupante porque al menos desde Simone de Beauvoir, la palabra “feminidad” se utiliza para designar **no una misteriosa cualidad o esencia** que toda mujer tiene en virtud de su ser biológico femenino, sino más bien un conjunto de estructuras y condiciones que delimitan la *situación* típica del ser mujer en una sociedad particular, además de una manera típica en la cual esta *situación* es vivida por la propia mujer. Toda existencia humana es definida por su situación; en este sentido, la particular existencia de una persona femenina no está menos definida por los límites históricos, culturales, sociales y económicos de su situación. No podemos explicar la desigualdad apelando a alguna esencia femenina ahistórica y natural porque entonces acabamos reduciendo a la mujer a la condición de una simple intangibilidad.

2.2. La feminidad como fragilidad y emociones.

Otro lugar común en relación a las características femeninas es la debilidad y la fragilidad, algo que refleja perfectamente el estudio¹⁰. Además de ello, la asimilación de lo femenino con lo emocional y lo sentimental implica un riesgo de desequilibrio e inestabilidad que ahonda en esa consideración de la mujer como “sexo débil”, que además actúa como tal, como parte de una esencia de la feminidad en la que no encaja la fuerza. Por el contrario, señala el estudio, “la estabilidad emocional masculina se alcanza desde cierta negación de la emoción”. De esta manera, “el juego de roles se mantiene en perfecto equilibrio”, aunque ese equilibrio deja en el lugar dominante al varón¹¹. De manera que se vuelve a confirmar en la actualidad una de las tesis de Simone de Beauvoir, que la feminidad así entendida es el primer vehículo de opresión de la mujer.

Lo paradójico de esto es que a pesar de que los y las adolescentes se siguen viendo así, de acuerdo con normas culturales dominantes, la misma sociedad que fuerza en ellos esas visiones de sí mismos, los evalúa después a todos de acuerdo con unos estándares “imparciales” de valentía, racionalidad, fortaleza, independencia, emprendedurismo, astucia e ingenio en los que los niños sí han sido socializados, pero las niñas no, en los que los niños se sienten cómodos, pero las niñas no. Y ¿por qué sucede esto? Porque adscribir roles a determinadas personas, es imponer expectativas sobre esas personas. Si algo no encaja con el rol con el que eres definido, si algo no es “femenino”, tú dejas de comportarte como “una chica”.

Ser chico, decía Simone de Beauvoir implica desarrollar una subjetividad que: lleve su propia marca al mundo, que tome iniciativa, que enfrente al mundo con audacia, que cree su propia vida individualizada.

Si volvemos al estudio comprobamos que:

La capacidad de interacción personal y empatía es lo que refleja el análisis del discurso en la visualización de las chicas. Frente a los chicos, reflejados desde un universo de la proyección de la actividad y la toma de decisiones. En el caso de las chicas, empatía no significa habilidad para ponerse en el lugar del otro; en los casos más extremos puede derivar más bien en anularse a sí misma para poner por encima de ti los deseos del otro. Pp. 30-33.

⁹ Véase el primer capítulo de la obra, “Los datos de la biología” en Beauvoir, 2005, pp. 67-101.

¹⁰ Pág. 36.

¹¹ Pág. 41.

Según Simone de Beauvoir, ser chica implica existir primero como un objeto, antes que como un sujeto, ser evaluada por su belleza o su falta de la misma, por su gusto en el vestir, su sonrisa, sus gestos, su manera de hablar y de exhibir encanto. De esta forma, las **expectativas generadas en relación a ellas** han tenido que ver tradicionalmente con el empleo de su energía en mantener su imagen en conformidad con los cánones de belleza impuestos y atender los deseos de los otros.

Si volvemos al estudio, en el análisis sobre las relaciones de amistad, por ejemplo;

Se confirman estos estereotipos cuando comprobamos que lo que se pide por parte de los chicos en las amistades con chicas es “hablar de temas sentimentales” (hasta un 63% de los casos)

Además, dentro de los temas sentimentales, la principal preocupación que se compartiría serían los asuntos amorosos (69% de los casos), seguido de temas relativos a la familia (41%), la salud o temas sexuales (25%) y las preocupaciones con otros amigos (24%)

“Ellos aunque lo nieguen acaban aceptando que ellos nos necesitan, necesitan que estemos allí para que nosotras les ayudemos con las chicas o que cuando están de mal humor les calmemos” Chica de 18 años

(Aquí parecen asumir que ellas no necesitan este tipo de ayuda que brindan a los chicos...)

Las propias chicas comparten problemas amorosos con otras chicas antes que con chicos. Al igual que los miedos (rol chicos protectores), temas escolares y laborales también con chicos. (P. 74)

Con esta distribución por roles volvemos a uno de los hallazgos feministas sobre el fenómeno de la “desposesión”.¹² Según el mismo, la discriminación de las mujeres no consiste meramente en una **desigualdad de estatus, poder y riqueza** resultante de la práctica por la cual se excluye a las mujeres de determinadas actividades. La libertad, poder, estatus y autorrealización de los hombres es posible precisamente porque las mujeres trabajan para otros. Se produce además una transferencia de energías en términos de cuidados y de atención que acaba explicando una situación de carencia de poder básica en las mujeres, que las inhibe para desarrollar otras capacidades.

¿En qué influye la socialización de género en ello?

Si volvemos al relato de Simone de Beauvoir comprobaremos que desde la más temprana edad, a las niñas se les enseña que ese mundo de la autorealización individual está cerrado para ellas, que el mundo de la acción está cerrado para ellas, que el mundo de la lucha, de la fortaleza física está cerrado para ellas. Desde la más temprana edad, la niña aprende a ser deferente, a acomodarse, a atender los deseos de los otros. El ser sexual de la mujer aprende a desear y a amar a un actor fuerte, pero no a ser ella misma un actor¹³.

Ahora comparemos con lo que nos dice el estudio en 2015:

El estudio muestra que las chicas llegan a reforzar esos estereotipos a partir de sus comportamientos a la hora de relacionarse con ellos, en función del tipo de cosas que buscan en un hombre. (pp. 89-99)

Por ejemplo, desde una perspectiva muy cercana y diaria, afirman que son ellas quienes dan cobertura y consolidan el estereotipo del triunfador distante y popular (“el chulito de la clase”) como figura de éxito que atrae a sus compañeras.

¹² Young, 1990, p. 89.

¹³ Véase el capítulo titulado “La Infancia” en Beauvoir, 2005, pp. 371-433.

Y tópicos que se confirman en el análisis de las relaciones de pareja: por ejemplo, es normal que existan celos en la pareja, un chico debe proteger a su chica, etc.

Entramos en el juego de **visiones complementarias y del reconocimiento mutuo** por parte de ambos sexos.

Con este juego del reconocimiento mutuo, se cumple una de las tesis de Luce Irigaray, según la cual, en realidad no existe una posición separada que defina el hecho de ser mujer, sino que la mujer existe como complemento del hombre, en relación a él. No hay una posición diferente desde la cual la mujer encuentra su identidad, sino que va construyendo su identidad para afirmar la del propio hombre¹⁴.

2.3. La ambivalencia de ser chica

Muy a menudo, además, las mujeres llegan a ser tímidas, a adolecer de falta de confianza, a sentir miedo de que su **éxito entre en conflicto con su feminidad**. Pero ¿por qué sucede esto? Bien, la literatura feminista ha explicado tal fenómeno a través de lo que denomina el androcentrismo.¹⁵ El androcentrismo según la literatura feminista es un patrón institucionalizado de valor cultural que privilegia los rasgos asociados con la masculinidad, al tiempo que devalúa lo codificado como “femenino”. Este fenómeno hace que incluso a veces se inviertan inconscientemente los juicios sobre las aptitudes. Hablamos, por ejemplo, de lo que **Adrian Piper**¹⁶ denominó como “discriminación de orden superior” y que se produce cuando la gente menosprecia atributos en mujeres, que en hombres se considerarían dignos de elogio, porque están vinculados con esos rasgos masculinos que la cultura androcéntrica privilegia (pero sólo en hombres). Nos referimos por ejemplo a conductas que muestran ambición, asertividad o pensamiento independiente. Desde un punto de vista abstracto, estas características pueden ser vistas como signos de alguien que quisieras tener en tu equipo de trabajo. Sin embargo, cuando son las mujeres quienes exhiben estos rasgos, acaban siendo evaluados como estridentes, o como signos de incapacidad para trabajar en equipo. Esto provoca muchas veces que las mujeres se inhiban de mostrar tales comportamientos, o que lo hagan al precio de sufrir, en los casos más graves, un trato vejatorio o denigrante, tildado despectivamente en ocasiones de “poco femenino”.

- Estos patrones androcéntricos de valor permean la cultura popular y la interacción cotidiana.
- Están ampliamente diseminados en estereotipos y clichés, en imágenes escritas y visuales donde por lo general es complicado criticar el marco en el que aparecen porque lo que se presenta es “dado” como realidad, transmitido muy poderosamente e incluso aceptado subliminalmente de modo que no se perciben como cuestionables.
- Esos estereotipos confinan a las mujeres a una naturaleza que con frecuencia va ligada de alguna manera a sus cuerpos, y que por tanto, no puede ser negada con facilidad.

El ejemplo más obvio de esto podría ser:

- el cuidado
- su cosificación como cuerpos

¹⁴ Irigaray, 1974.

¹⁵ Fraser, 2006, p.29

¹⁶ Piper, 1988.

Gran parte de ese orden cultural se reserva para venerar la belleza femenina, pero en gran medida, como sostiene Iris Young, ese mismo “camafeo ideal”¹⁷ es el responsable de que la gran mayoría de las mujeres sean vistas como cuerpos imperfectos.

Lo paradójico es que esa forma particular de codificar la realidad señala a las mujeres primero por el hecho de ser mujeres, al mismo tiempo que las vuelve invisibles.

- ✓ Las marca a partir de representaciones estereotipadas, cosificadoras y despreciativas en los medios de comunicación,
- ✓ al tiempo que las invisibiliza o las incluye desproporcionadamente en relación a los hombres en foros públicos de debate e instituciones deliberantes

¿Cuál es la consecuencia de esto?

Las niñas crecen cargando con **esta ambivalencia**;

- ✓ al mismo tiempo que el peso de la cultura patriarcal las fuerza para ser objetos (vivir en la inmanencia según Simone de Beauvoir),
- ✓ ellas son sujetos humanos llenas de energía creativa, de inteligencia y deseos por dejar su propia marca en el mundo.

Esto se ve reforzado con los clichés sobre la fortaleza física. En relación a ello, por ejemplo, el estudio muestra claramente que a las niñas se las educa para encajar es una imagen que proyecta la de un cuerpo débil.

“¿Somos débiles o nos lo hacen ver? Empecemos desde nuestros inicios en la escuela, especialmente en la asignatura de educación física. ¿Quién de nosotras no ha recibido la orden de las chicas hacer tres vueltas corriendo y los chicos hacer cinco? ¿Por qué? ¿Por qué los chicos tienen más resistencia? Puede que sí o puede que no, pero si nos preparan así desde el principio, qué esperan de nosotras. Chica de 19 años. P. 37

Una amplia bibliografía feminista¹⁸ ha estudiado por qué las mujeres a menudo se predisponen para el esfuerzo físico bajo estados como la timidez, incertidumbre o indecisión. Por regla general, las mujeres adolecen de una completa confianza en sus cuerpos para dejar que éstos las lleven hacia la ejecución de objetivos. Existe una doble indecisión. Por una parte, muy a menudo desconfían de su capacidad para hacer lo que debe ser hecho. La otra explicación a tales incertidumbres es la de un terrible miedo a ser herida, lo cual es experimentado mucho más en mujeres que en hombres.

Su atención es muy a **menudo dividida** entre el objetivo a ser realizado en movimiento y el cuerpo que debe acometer aquel movimiento, porque al mismo tiempo procuramos evitarlo del dolor. Con frecuencia experimentan sus cuerpos como una frágil cobertura antes que como un medio para la promulgación de nuestros objetivos. Sienten como si debieran mantener en todo momento una atención directa sobre los cuerpos para estar seguras de que ellos hacen lo que ellas deseamos que hagan, antes que prestar atención a lo que ellas quieren hacer *a través* de sus cuerpos.

Todos los factores arriba mencionados operan produciendo en muchas mujeres un gran sentimiento de incapacidad, frustración y complejo. Las mujeres tienen mucha más tendencia que los hombres a subestimar la capacidad de su cuerpo. Deciden de antemano –normalmente de forma equivocada– que la tarea a realizar sobrepasa su capacidad, y así terminan por no desplegar completamente su esfuerzo.

¹⁷ Young, 1990, p. 210.

¹⁸ Véase especialmente Young, 2005.

Con esta predisposición tan frágil es obvio que puedan ejecutar las tareas físicas, de manera que aparece en ellas un sentimiento de frustración y autocumplen su propia profecía. Esta ambivalencia **entre existir como sujeto pero ser forzado a vivir como objeto** es la principal desventaja estructural de la que parten las mujeres, porque el peso de la cultura restringe su actividad creativa a actividades del cuidado por la apariencia, por el hogar, por los otros.

III. CONCLUSIONES

El estudio tiene particular interés porque ayuda a tomar conciencia de un hecho especialmente relevante, y es que la desigualdad de género es una desigualdad creada especialmente en el discurso, y por eso mismo, el movimiento feminista es un movimiento creado en el discurso¹⁹. Esto no significa que sea solo discurso, lo que se quiere sostener aquí es que las bases del feminismo, según se ha practicado y narrado, consiste en la redefinición de la identidad de la mujer. Esto se ha hecho de muchas formas dentro del propio discurso feminista;

1. A veces esa identidad pasa por afirmar la igualdad entre hombres y mujeres, con lo que se elimina el género entendido como una atribución de características que se han ido construyendo culturalmente a lo largo de la historia.

2. A veces afirmando la especificidad de las mujeres y su superioridad como fuentes de realización humana (afirmación de la diferencia) con el objetivo siempre de negar una identidad alienada de la mujer tal y como la definen los hombres o tal y cómo se conserva en una cultura patriarcal.

En relación al estudio, es pertinente hacerse una pregunta: ¿Las identidades de género continúan estando alienadas? Parece que sí, porque bajo la **apariencia de valores positivos** que se adscriben especialmente a la mujer, se acaba reproduciendo una posición de desventaja estructural de las mujeres en ejes de desigualdad básicos como lo **es la estructura social de trabajo y ocupaciones por género**. Trabajadoras, responsables, cuidadoras, prudentes, frente a la dejación masculina.

No se espera del hombre por tanto una predisposición responsable a la gestión u organización de tareas que tengan que ver con las rutinas diarias del hogar y la familia). Eso las hace aptas para trabajar fuera de casa, pero también, ocuparse de las tareas dentro de casa, y en general de tareas que tengan que ver con el cuidado.

“Yo curso magisterio y recibo muchos comentarios como: “has escogido bien, es trabajo para mujeres”. “Esta profesión es para mujeres, las que se encargan de los niños, porque tienen más paciencia” Chica de 19 años. P. 39

El corazón de la división del trabajo por género en nuestras sociedades modernas está basado precisamente en esta división entre trabajo privado y trabajo público; y en esta asunción de que las mujeres son más aptas para desarrollar estas tareas; de que las mujeres deben emplear sus energías primeramente en tareas de cuidado, algo que las inhibe muchas veces para desarrollar otras capacidades. La división sexual del trabajo hunde sus raíces en una asignación de tareas por roles de género. Esta división sexual del trabajo forma parte de la estructura económica de nuestras

¹⁹ Butler, 1990.

sociedades al asumir como normal que son las mujeres las que deben emplear primeramente sus energías en el cuidado, bien del hogar, de los niños, de personas dependientes o de otros miembros familiares.

Esta división del trabajo provoca disparidades tales como que:

1. de todas las personas que dejan de trabajar después de un año del nacimiento de su hijo, el 85% sean mujeres.
2. O que de cada 26 mujeres que optan por el trabajo a tiempo parcial para “conciliar”, solo un hombre lo haga.
3. O que tal y como señala el último informe de la OCDE (con datos hasta el primer semestre del 2014), las mujeres de 25 a 34 años logren más títulos universitarios que los hombres, pero su nivel de empleo sea más bajo porque muchas de ellas “se ven obligadas a asumir el rol tradicional de cuidadoras”.

Debido a esto se alimenta un imaginario social que identifica a la mujer con un determinado tipo de tareas, al tiempo que se genera sobre ella un régimen de expectativas que se le imponen, multiplicando las dificultades para que ésta:

- desarrolle otras capacidades
- dedique su tiempo a otras actividades que no sean primordialmente las de cuidado

Ese conjunto de expectativas, de imágenes, de estereotipos, de normas sociales e institucionales conforman un **orden cultural** responsable de que las mujeres partan con una desventaja competitiva de inicio en términos de poder, trabajo, reconocimiento o prestigio.

Por tanto, a pesar de que los chicos y las chicas son mucho más conscientes de las exigencias de la equidad de género, y de las desigualdades en las que viven, de nada sirve esto si ellos y ellas se siguen viendo casi como nuestras abuelas. Nuestra pregunta aquí es hasta qué punto son conscientes de verdad de la desigualdad de género de nuestra sociedad, o si por el contrario lo que están haciendo no es absorber otro discurso social políticamente correcto de forma acrítica. Porque esta percepción de que existe desigualdad no afecta a sus comportamientos ni a las bases de la comprensión del problema. La pregunta es hasta qué punto una gente que ha demostrado que está cargada de estereotipos es sincera cuando le preguntamos si existe o no desigualdad de género.

- ¿Acaso no estamos ante otro estereotipo políticamente correcto?
- ¿Acaso su respuesta políticamente correcta no es también la reproducción de un estereotipo?

Lo que este estudio saca a la luz es que:

- ✓ Por un lado hay una aceptación del presupuesto general de que existe una brecha de género en la sociedad.
- ✓ Pero por otro lado surge claramente a la luz que no se ha superado una evaluación de los roles que juegan uno y otro sexo en el mundo social.

Hemos trabajado un discurso políticamente correcto incorporado acríticamente; sin trabajar en profundidad qué es lo que hace que esa desigualdad perviva.

Es urgente además, hacerse otra consideración. Hemos tomado conciencia de la estructura económica, de la importancia de la independencia económica (las chicas señalan por encima de los

chicos la necesidad de tener ingresos propios 60% frente al 56% por encima incluso de tener familia propia e hijos), y sin embargo, no se ha trabajado el plano de las emociones; la dependencia emocional. Probablemente la clave está ahí. El feminismo ha empleado muchas energías en la presencia y en la visibilidad, en incorporar a la mujer al ámbito laboral; pero cabe preguntarse si no se ha descuidado lo que sigue perpetuando la desigualdad; la dependencia emocional.

Bibliografía

Beauvoir, S. [1949] (2005): *El Segundo Sexo*, Madrid, Alianza Editorial.

Butler, J. (1990): *El género en Disputa*, Barcelona, Paidós.

Brown, W. (2015): *Estados amurallados, soberanía en declive*, Barcelona, Herder.

Fraser, N. (2006): *¿Redistribución o reconocimiento?*, A Coruña, Morata.

Irigaray, L. (1974): *Speculum. De l'autre femme*, París, Éditions de Minuit. (Existe una versión en castellano publicada por Akal, 2007, *Espéculo de la otra mujer*)

Piper, A. (1988): "Higher-Order Discrimination", ponencia presentada en la Conference on Moral Character, Radcliffe College, Abril de 1988.

Nussbaum, M. (2000): *Las mujeres y el desarrollo humano*, Barcelona, Herder.

Young, I. M (2005): "Throwing Like a Girl", en *On Female Body Experience*, Nueva York, Oxford University Press.

Young, I. M (1990): *La justicia y la política de la diferencia*, Madrid, Alianza Editorial.